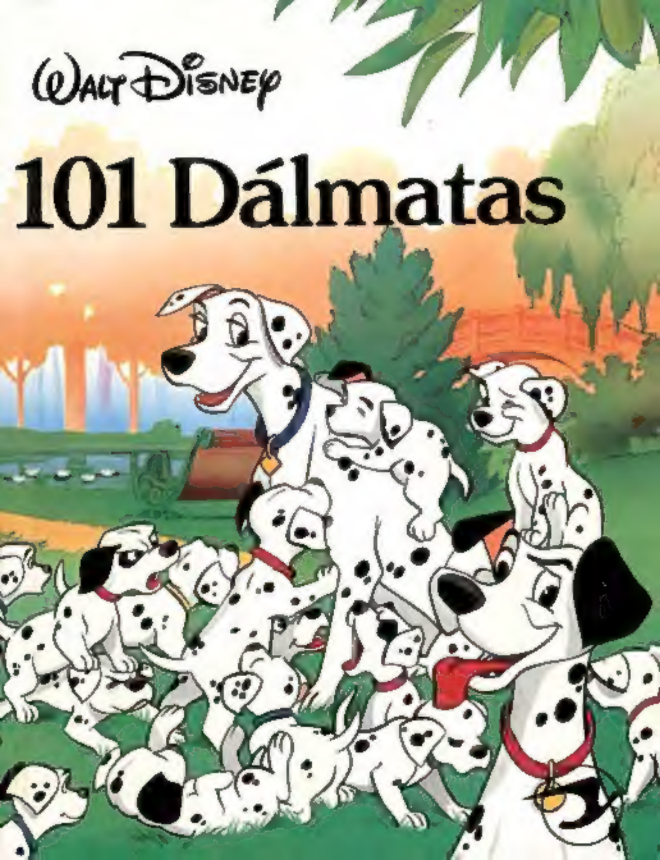

Walt Disney
101 Dálmatas

101 Dálmatas

Según la obra de Dodie Smith
Adaptación de Cécile Lameunière

Ediciones Gaviota, s.a
MADRID — ESPAÑA

¡Hola, amigos! Me llamo Pongo y éste que veis a mi derecha es mi amo, Roger Radclif. Es músico, un gran artista al que le bastan su pipa y su piano para ser feliz. Nos queremos mucho y estamos muy bien los dos juntos. Mientras él compone sus canciones, yo, Pongo, me dedico a reflexionar. ¡Soy un perro filósofo! Lo comprenderéis en seguida: el que se contenta con una buena comida al día, las caricias de su amo, un lugar calentito donde dormir y los paseítos diarios para hacer..., bueno, las necesidades que todo perro tiene, ése no es un filósofo. Un filósofo piensa. Y yo, mientras miro a mi amo, mientras estiro la oreja para escuchar las melodías que compone y que todo el mundo aplaudirá, cuando tengo aspecto de estar en las nubes, estoy pensando, pensando y pensando.

Bueno, hechas ya las presentaciones, y ahora que sabéis qué tipo de perro soy, os vamos a contar una gran aventura. Una aventura tan increíble que algunos podrán incluso pensar que estamos exagerando. Pero no, ¡qué va! Todo lo que leeréis en las páginas siguientes es la pura verdad; sucedió realmente. La apasionante historia de mi familia y de mis queridos amos empieza... ¡ya!

* * *

Es primavera en Londres y el sol inunda de luz el parque que se encuentra delante de nuestro apartamento de solteros.

Mi corazón de perro se aburre. ¡Me siento tan solo! Roger, mi amo, también es soltero, pero él no vive más que para su música. Lo que nos hace falta a los dos es una buena compañía... ¡femenina! ¡Ah, cómo nos cambiaría la vida! ¡Se ven tantas chicas guapas por las calles de Londres en primavera!
¡Veamos! ¿Quién pasea hoy por delante de nuestra ventana? Una señorita Caniche; demasiado *snob*, y, además, su dueña no me gusta. Una chica Boxer; tiene su encanto, pero también debe de tener un genio terrible, y a su acompañante seguro que no le gusta el humo de las pipas. Teckels, Espaniels, Afganas..., ¡qué de chicas!

En realidad, no sé para qué me preocupo. Seguro que a Roger no le gusta ninguna. ¡Es además tan difícil encontrar a la vez una dueña y una perrita que nos vayan bien a los dos! Ahora empiezo a comprender por qué llevamos tanto tiempo solteros...
Pero... ¿qué es lo que ven mis ojos? ¡Qué monada de chavala, digo... señorita! ¡Fina, guapa, distinguida, inteligente..., y la chica tampoco está mal! ¡Esto es un milagro, vaya pareja! ¡Si Roger las viera...!

Pero Roger está muy ocupado con su piano. ¡Aún falta hora y media para el paseo de la tarde! Para entonces, las bellas desconocidas estarán ya muy lejos. Piensa, Pongo, piensa. ¡Ya lo tengo! Adelantaré el reloj. Seguro que Roger no se dará cuenta del truquito.

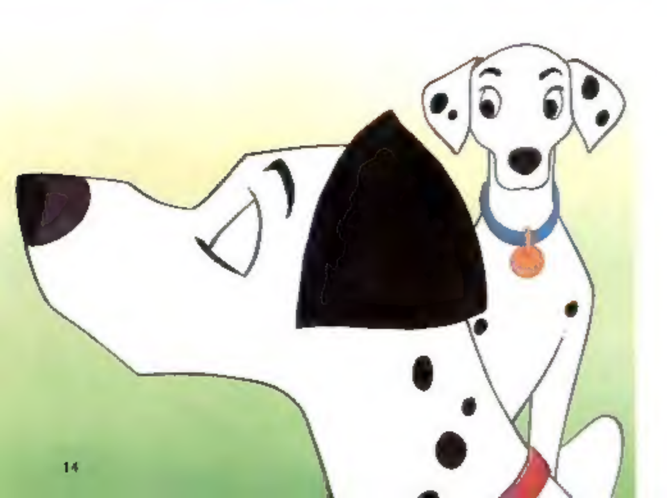
DING, DING, DONG.
GUAU, GUAU, GUAU.

–Caramba, ya es la hora del paseo. ¡Qué rápido se me ha pasado hoy el tiempo! Pero, Pongo, ¿qué prisa tienes?

¡Qué ingenuo es mi amo! Si supiera... Pero no hay un segundo que perder. Ya le he traído todo en la boca: su chaqueta, su sombrero, mi correa... La correa no me gusta mucho, prefiero correr libremente por el parque, pero esta vez me interesa guiar a mi amo para llevarle hasta quien vosotros ya sabéis. Hoy, la correa resulta indispensable. ¡Uff! ¡Menos mal que ya nos vamos!

Ya hemos llegado al parque. ¿Pero dónde estarán las chicas? No, la pintora con su perrita afgana no es... La otra gordita con una bóxer, tampoco... ¿Dónde estáis, preciosas criaturas?

—Pongo, ¿qué te pasa? ¿Por qué corres tanto? Me parece que la primavera te está trastornando un poco. ¡Ah, por fin! ¡Allí están! ¡Qué bien!



La dueña lee. La perrita me ha mirado con cara de interés..., esto marcha bien. Ahora queda lo más difícil: que todos nos conozcamos. ¡Basta de timideces! Sin pedirle permiso a Roger, le quitaré el sombrero y se lo ofreceré a la chica como regalo...
—¡Pero qué perro tan simpático!
Si supiera, señorita, lo simpático que es también el dueño del sombrero.

¿Simpático? ¡Lo que es, un memo!
Sólo se le ocurre a Roger pedir disculpas por mi atrevimiento.
—Lo siento, señorita, el perro es un poco raro.
—No se preocupe, caballero, me hago cargo.
¡Qué necios son a veces los humanos!
En cambio, los perros tenemos muchos más recursos.
Me presentaré a la perrita, seguro que ella resulta más espabilada que su dueña.
Es probable que, a estas alturas, ya se haya dado cuenta de que soy el dálmata de su vida...
Hablando, hablando, girando y girando, no nos hemos dado cuenta de que nuestros amos se han enredado con las correas.
¡Pobrecitos, han ido a parar al estanque!

Cuando salen están
como sopas, pero Anita
(que así se llama la chica)
tiene gran sentido
del humor y se ríe
con la anécdota.
Y meses más tarde:
—Anita, ¿quieres casarte
conmigo?
—Oh, sí, Roger, estaba
deseando que me lo
pidieras.
Todo ha sucedido como
yo había previsto. La casa
se ha convertido en un
paraíso para amos y
perros. ¡Ojalá esta
felicidad sea eterna!

Pero, un simple *riiing* del timbre de la puerta turba nuestra paz. Perdita y yo nos sobresaltamos.
Lo que acaba de entrar por la puerta es un huracán con pelos.
Pelos en la cabeza y pelos en la ropa. ¡Vaya abrigo de piel que lleva esta loca! La fiera en cuestión se llama Cruella de Ville y es una antigua compañera de colegio de Anita. Siempre ha sido muy rica y caprichosa.
Le preocupa mucho la ropa y adora las pieles.
¿Para qué habrá venido después de tanto tiempo? Cruella no habla: chilla y grita. Su desagradable voz nos da la respuesta:
—¡Oh, querida Anita! Me han dicho que Perdita va a tener cachorritos.
¡Qué fantástica noticia! Me encantan los perritos dalmatas. ¿Verdad que me los regalarás todos cuando nazcan?

Cruella se marcha y, tras su partida,
todos estamos muy abatidos.
Perdi y yo no queremos deshacernos de los
cachorritos. ¡Queremos quedarnos con todos!
Oh, ama, ¿serás capaz de dárselos a Cruella? Anita,
que es muy juiciosa y buena, le confirma a Roger
que nos quedaremos con todos los niños, que
no tiene ninguna intención de dárselos a ese bicho.
Menos mal, ya sabía yo que nuestros amos no nos
defraudarían. ¡Qué contentos estamos de nuevo!
Cruella jamás podrá destruir esta felicidad que yo,
Pongo, conseguí fabricar una tarde de primavera.

El gran día ha llegado.
Perdón, quiero decir
la gran noche.
Mientras Anita y Nanny
ayudan a Perdi a traer a
los cachorros al mundo,
yo tranquilizo a Roger.
¡Está más nervioso que
yo, que soy el padre!
Del otro lado de la
puerta provienen unos
tenues ladriditos.

Nanny acaba de salir para darnos buenas noticias.
—¡Ya han nacido cinco! No pongas esa cara, Pongo, ¡son todos preciosos!
No sé por qué se mete Nanny con mi cara. Es sólo la cara emocionada de un padre recién estrenado.

¡Increíble! Nanny sale otra vez, anunciando el nacimiento del cachorrito número quince. Lo trae envuelto en un trapito. ¡Qué bonito es! Parece una bolita dormida.

Todos los perritos han nacido ya.
La familia ya está completa. Nanny y Anita han sido unas maravillosas comadronas. ¡Somos los padres más felices del mundo! Perdita está un poco cansada, pero, como buena madre, ya se preocupa de que todos los niños estén calentitos y bien alimentados. Mientras tanto, yo los cuento, uno por uno, embelesado. ¡No se puede imaginar felicidad mayor en este mundo!

Roger ha compuesto una nana. La toca por las noches para dormir a toda la familia.
¡Qué felicidad!
¡RIIIIING!
Ese maldito timbre de la puerta ha vuelto a romper nuestra tranquilidad. En seguida he reconocido la voz de nuestro nocturno visitante.
¡Cruella de Ville! ¡Otra vez esa horrible mujer!
—¡Oh, queridos, enhorabuena!
Me he enterado de que han nacido nada menos que quince perritos.
Me los quedo todos.
Aquí traigo el contrato de compraventa para que lo firméis en seguida.
—Los perritos NO están en venta.
Roger ha sido tajante y valeroso.
La terrible Cruella se marcha hecha una furia ante la negativa.
¡Qué valiente es Roger!

Ahora que ya tienen dos meses, se lo pasan bomba viendo la televisión. Su programa favorito es *Rintintín*, una serie sobre un aguerrido perro del antiguo Oeste americano que siempre captura a los bandidos.

Realmente, Roger es un amo que sabe estar a la altura de las circunstancias. ¡Qué seguros nos sentimos con unos dueños así! Perdita está muy emocionada.
—Pongo, nuestros amos nos defenderán siempre. No quiero volver a oír hablar de esa horrible mujer. Los niños no se han enterado de lo sucedido. Son felices jugando y creciendo. ¡Unos auténticos príncipes! ¡Qué bien viven!

Uno de los niños, Pepper, se emociona tanto con la serie que siempre acaba subido a mi cabeza, gruñendo y haciendo frente al malvado de la televisión.

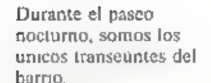
—Perdita, querida, mejor será que vayas acostando a los niños. Es hora de dar nuestro paseíto nocturno.

Pero no es tan fácil llevar a cabo los consejos de Anita.

Los perritos no
quieren ni oír hablar
de ir a la cama.
Rintintín acaba de
capturar a un bandido
y el episodio
está en lo mejor
Algunos de los
cachorritos se caen medio
muertos de sueño, con
los ojitos casi cerrados
por el cansancio
Los más inquietos, sin
embargo, se aferran al
televisor imitando el
ruido de los rifles o
animando a su héroe
canino. A veces,
la excitación es tal que
los perritos acaban
peleándose por conseguir
un puesto en primera fila
ante la pantalla.
Organizan gran revuelo,
y Nanny acaba
por salir de la cocina
para poner orden

—¡Ya está bien! ¡A la cama ahora mismo! Vuestros papás y los señoritos tienen que ir a dar un paseo. Ya habéis jugado bastante.

La voz de Nanny suena dulce y severa a la vez. Es la única persona a la que nuestros cachorritos obedecen de inmediato. La quieren mucho, pero también la respetan. Poco a poco, consigue ir metiendo a cada una de las quince fierecillas en sus cestitos. Para todos ellos guarda siempre una caricia o una palabra de cariño. ¡Qué mano tiene esta Nanny con los críos! En realidad, Nanny es como un miembro más de la familia. Anita sigue todos sus consejos en la cocina, es la única persona a la que Roger permite andar entre sus papeles y partituras, y nosotros... nosotros tenemos que agradecer su gran ayuda con los niños. ¡Qué os decía yo! En pocos minutos ha conseguido acostarlos a todos.



Durante el paseo nocturno, somos los únicos transeúntes del barrio.
¿Los únicos? No, unos siniestros individuos espían desde una camioneta. En cuanto nos ven doblar la esquina, se dirigen a casa y llaman a la puerta.
¡RIIING!

Nanny abre confiada. Piensa que somos nosotros, que hemos olvidado algo. Pero, en cambio, encuentra en el rellano de la escalera a dos sujetos de muy mala catadura.
—Buenas noches, señora, somos los electricistas.
—¿Los electricistas? —pregunta Nanny extrañada—. Debe de haber algún error. Aquí no tenemos ninguna avería. Vuelvan ustedes mañana.

Una maliciosa sonrisa ilumina el tosco semblante de Gaspar, el más alto de los granujas. Sin mediar palabra, empujan a Nanny y se introducen en la casa.

—Ya les he dicho que aquí no hay nada que arreglar. Los señores no están en casa. ¡Hagan el favor de marcharse!

Pero los dos malhechores parecen no escuchar los gritos de Nanny, que, como una fiera, les impide el paso. La buena mujer no puede con dos sujetos tan duros.

De un empujón la derriban y Nanny cae al suelo, donde queda tumbada medio inconsciente por el golpe. Los dos granujas se dirigen al piso superior, donde están los dormitorios.

—Deprisa, Horacio, tenemos que encontrar el cuarto de los cachorros antes de que esa vieja gordinflona vuelva en sí.

Poco después, Nanny, todavía atontada, ve salir por la puerta dos siniestras siluetas cargadas con sendas maletas, de las que salen unos ahogados ladridos, apenas perceptibles.
Un horrible pensamiento cruza por su mente como un rayo.
—¡Los cachorros! ¡Dios mío! ¡Los perritos!
Como una exhalación, y a pesar de su peso, sube corriendo la escalera.
Cuando llega al cuarto de los perritos, sus tristes presentimientos se confirman. ¡Han robado los cachorros!

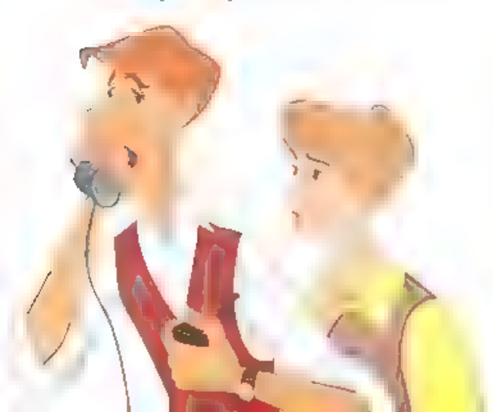
¡Se los han llevado todos! Dos gruesas lágrimas resbalan por las rosadas mejillas de Nanny, al contemplar, desolada, las cestitas de los perritos vacías.
—¿Por qué no se habrán llevado las joyas o el dinero? ¿Por qué? ¡Nos han arrebatado la alegría de esta casa!

Al regresar del paseo, Nanny nos cuenta, entre sollozos, lo que ha sucedido durante nuestra ausencia. Roger y Anita no pueden dar crédito a sus palabras. Yo me pongo nerviosísimo y Perdita, mi pobre esposa, se ha desmayado.

—No podemos perder ni un segundo —dice Roger—. Ahora mismo llamo a la policía para denunciar el secuestro. Y tú, Nanny, tranquilízate, has hecho más de lo que podías para evitarlo.

El ruido del teléfono al marcar el número de la policía nunca me había parecido tan siniestro.

— Sí, señor comisario, quince cachorros dálmatas. ¿Que si tenemos idea de quién puede haber sido? No, no, señor. Nuestra criada se ha enfrentado a dos individuos pero nunca les había visto antes... Gracias, señor, muchas gracias. No sabe lo importantes que son esos perritos para nosotros.



A la mañana siguiente, mientras la horrible Cruella lee la noticia del robo en la prensa, suena el teléfono.

—¿Sí? ¿Doña Cruella? Aquí, Gaspar al aparato.

—¡Bravo, muchachos! ¡Buen trabajo! Voy en seguida.

Perdita y yo, en nuestro dolor, no dejamos de reflexionar. La policía no es suficiente. Tenemos que actuar en seguida. Todos sabéis, queridos amigos, lo importante que es un buen olfato perruno para seguir una pista. Le he hablado a Perdita de una cosa que se llama "la llamada de la noche", una clave de socorro que se utiliza entre los perros en momentos de peligro. Aquella misma noche, en el parque, la pusimos en práctica. El primero en recibir el mensaje fue Danny, el gran danés del barrio, que acudió en compañía de Chucho, un perro de poca raza pero de gran corazón.

—No os preocupéis —dijeron— difundiremos la noticia ahora mismo.

—¿Que han robado quince cachorros dálmatas? Scotty, el pastor escocés, no se lo puede creer
—Sí son los hijos de Pongo y Perdita —le confirma Tongo, el viejo Boxer—, yo también lo he oído comentar en la zona sur de Londres.
No había tiempo que perder. En pocas horas, todos los perros de la ciudad habían corrido la voz del secuestro. Aquella noche nadie pudo dormir en Londres. Sólo se oían ladridos y aullidos.

En la *City* y en los barrios bajos, por los jardines y en el puerto no se escuchaba otra cosa.
"Atención, atención, han sido robados quince pequeños dálmatas.
Todo aquel que tenga alguna sospecha ha de comunicarla en seguida.
Los padres de los perritos son Pongo y Perdita..."

Antes de medianoche la noticia había llegado a las granjas de las afueras.

—¿Qué dicen? ¿Que han *dalmatado* a quince pequeñas *mamas*? ¡Vaya noticia tan tonta!

El viejo Towser está un poco sordo. Perdió el oído en la Gran Guerra, en valeroso acto de servicio.

—No, viejo sabueso. No te enteras de nada. ¡Han robado quince pequeños dálmatas! ¡DÁLMATAS!

La pobre señora Oca se desgañita para que Towser se entere.

—¡Qué barbaridad! Ya ni los perros estamos seguros en estos tiempos.

La noticia era muy importante. Towser sabe que en estos casos no hay como recurrir al Coronel, la mayor institución del país en la persecución de bandidos, y bisnieto del que fuera perro de compañía de Sherlock Holmes, el gran detective. El Coronel vive retirado en una vieja granja, lejos de la ciudad, pero hasta allí llegó el potente aullido de Towser, que, aunque sordo, todavía tenía buena voz.

—Despierte, sargento Tibbs... Hay que avisar al Coronel. Ha llegado una noticia urgente de Londres.
Quien así habla es el Capitán, un viejo percherón que antes de retirarse prestó heroicos servicios en la Caballería.
—A sus órdenes, Capitán —respondió veloz el sargento Tibbs, un gato de campo que se había unido a la feliz cuadrilla de ex combatientes.
—¿Qué alboroto es éste, Tibbs?
—Alerta de Londres, mi Coronel, parece que han secuestrado a quince cachorros, señor.
—¡Por las faldas de todos los gaiteros escoceses del Ejército británico! ¿Está seguro, sargento?
—Sí, señor, la noticia ha sido confirmada por el viejo Towser.

—¡Esto es más grave aún que una guerra!
—afirmó el Coronel, mientras levantaba la oreja para escuchar mejor el mensaje de alerta.

—Señor, si me permite.

—¿Qué sucede, Tibbs?

—Sólo quería comentarle que la noche pasada advertí ciertos ruidos extraños en el viejo caserón cercano a la granja.

—¿Qué tipo de ruidos, Sargento? —preguntó el mastín.

—Algo así como ladridos... de perro, señor. Quizá pueda ser una pista.

—¿Ladridos de perro? ¡Por Dios, Tibbs, haber empezado por ahí! No hay tiempo que perder, saldremos ahora mismo para investigar esos extraños ruidos del caserón.

La vieja mansión deshabitada imponía cierto respeto, pero nuestros valientes amigos no se dejaron intimidar por su fantasmagórica apariencia.

—¡Fíjese, señor, sale humo por la chimenea! Es realmente extraño, puesto que se supone que no vive nadie en la casona.

—Muy observador, sargento. Esto es realmente sospechoso. Daremos una vuelta a la casa para encontrar algún hueco por el que colarnos al interior.

A pesar del frío y de la nieve, el Coronel y el sargento Tibbs iniciaron su investigación. Un silencio absoluto invadía el parque que rodeaba la mansión.

En el muro de la fachada había una gran grieta, apenas cubierta por unos cuantos tablones mal clavados. El ágil Tibbs consiguió introducir su cabeza por el hueco y, cuando consiguió atisbar en el interior de la casa, no pudo dar crédito a sus ojos. ¡La gran sala estaba llena de cachorros dálmatas! Apenas logró contener un agudo gritito de sorpresa. Tuvo suerte de que la televisión estuviera encendida y de que los truhanes no pudieran oírle.

—Misión cumplida. La patrona estará contenta con nosotros —dijo uno de ellos, mientras bebía.

Los perritos estaban tranquilos. Algunos veían la televisión y otros dormían plácidamente. Eran tan pequeños que no podían comprender todo aquello que les estaba pasando.

Finalmente, Tibbs consiguió colarse en la sala a través del hueco de la pared. Quería acercarse a los cachorros y preguntarles algo que le tenía muy mosca. Los cachorros de Perdita y Pongo eran quince y, sin embargo, ¡en aquella habitación habría más de cien!

Uno de ellos le sacó de dudas
—Yo no sé quién es Pongo —dijo—; lo único que sé es que una señora nos compró en Londres, a mí y a mis hermanos. Cuando llegamos a esta casa, nos encontramos con los otros perritos. Hay quince de ellos que llegaron anoche, deben de ser hermanos. Los pobres están un poco asustados, ¡como son nuevos! Tibbs empezó a comprender
"¡Esos quince cachorrillos nuevos deben de ser los hijos de Pongo y Perdita! ¡Los secuestrados!"
Una vez aclarado este punto, Tibbs continúa inspeccionando la zona.

Empujado por un exceso de celo, Tibbs comete su primer error.
Quiere acercarse a toda costa a la zona del televisor para recabar información. Y he aquí que va a parar al sillón donde Horacio, uno de los bandidos, está tumbado a la bartola.
Tibbs confía en que su corta estatura le hará pasar desapercibido...

Pero, esta vez, la suerte no le acompaña. Horacio le agarra por el cuello, creyendo que se trata de una botella de vino.
¡Tibbs está perdido!
También Horacio se pega un susto de muerte.

—¡Una botella con forma de gato! ¡Creo que últimamente estoy bebiendo demasiado!
Tibbs maulla como un loco, se le erizan todos los pelos del cuerpo, saca las uñas y sale huyendo a toda velocidad.
Horacio no puede dar crédito a sus ojos...
Ha de informar a la superioridad rápidamente.

Mientras tanto, la propagación de las noticias sobre el secuestro de los perritos sigue su curso: por calles y prados, parques y ríos, en el metro y en las granjas se ha dado a conocer el suceso. Finalmente, las noticias parecen ser esperanzadoras: corre el rumor de que los cachorros están, sanos y salvos, en un caserón de las afueras de Londres. ¡Qué felicidad, amigos! La solidaridad perruna ha dado resultados. Es Dany, el gran danés, el que comunica la buena nueva a Pongo y Perdita, que apenas pueden creer lo que oyen. ¡Una luz de esperanza llega a sus angustiados corazones!

¡Pero no hay que cantar victoria antes de tiempo!
En esos mismos instantes, Cruella, envuelta como de costumbre en un magnífico abrigo de pieles, acaba de llegar, hecha una furia, al castillo.
Después de lanzar una fría y cruel mirada sobre los cachorros, se ensaña con los mediocres de sus esbirros.

—¡Memos, que sois un par de inaguantables memos! ¿A qué esperáis para acabar el trabajo? A estas horas toda la policía de Londres debe de estar buscando a mis perros. ¡Quiero todas las pieles para mañana por la mañana! ¡A trabajaaaaaaar!

Horacio y Gaspar prometen ejecutar sus órdenes al momento, pero, en cuanto Cruella desaparece por la puerta, vuelven a tumbarse frente al televisor.
Nadie se ha dado cuenta de la presencia de Tibbs. El pobre gato se ha quedado atónito al conocer los planes de Cruella. ¡Abrigos de piel de perro! ¡Qué barbaridad! Hay que actuar en seguida para que esa bruja no pueda llevar a cabo sus propósitos.
Silenciosamente, Tibbs se acerca a los cachorros.
—¡Pequeños, voy a llevaros a casa de Pongo! Si os quedáis en este caserón corréis peligro de muerte. ¡Rápido, seguidme!
Los perritos no dudan ni un momento. Están deseando salir fuera de esos tétricos muros. Tibbs, haciendo gala de su excelente preparación militar, organiza perfectamente la retirada. Tan solo Lucky y los bandidos permanecen extasiados frente al televisor, sin enterarse de la fuga de los demás.

Tibbs ha ido contando uno por uno todos los cachorros a medida que los iba sacando por la grieta de la pared.

—Noventa y nueve, cien... ¡Horror! uno de ellos está junto a los bandidos viendo la tele.

En un abrir y cerrar de ojos, Tibbs agarra al perrito y emprende la huida. Gaspar se da cuenta:

—¡A por él, Horacio! ¡Ese desgraciado de gato nos ha birlado todos los chuchos!

En ese mismo instante, Perdita y Pongo llegan al castillo, siguiendo las indicaciones del Coronel. Oyen la terrible voz de Horacio:

—¡Aquí están, Gaspar, ya he encontrado a esas bestias!

A los gritos de Horacio, los cachorritos han salido corriendo despavoridos en todas direcciones, mientras los dos truhanes les persiguen como locos por los pasillos del caserón

Bajo la dirección de Tibbs, los perritos huyen escaleras abajo, saltando los peldaños de dos en dos. El espectáculo es alucinante.
Los ladrones no consiguen atrapar a ninguno de ellos, se les escurren de entre las manos como si de peces se tratase. ¡Qué algarabía! ¡Qué desconcierto!
Los dos bribones no dan a basto entre tantos perritos que huyen en manada.

De pronto, se hace un gran silencio. Cansados y jadeantes, los dálmatas se refugian junto a Tibbs bajo la escalera. Los corazones les laten a toda velocidad y las patitas les tiemblan de miedo, pero no se oye ni una mosca.

¡Esta vez van a ser los bandidos los que aúllen!
Como dos exhalaciones, Pongo y Perdi entran en escena. Parecen un par de demonios furiosos surgidos de la noche. Han llegado bien decididos a darles una lección a esos bribones. Sus ojos brillan como ascuas y sus dientes, sedientos de venganza, parecen más afilados que nunca.
—Pero ¿de dónde salen estas fieras? —grita Horacio.
—¡Este castillo está embrujado! ¡Son dos demonios furiosos! —vocifera Gaspar.
Perdita y Pongo arañan, ladran, muerden con furor.

Gaspar es el primero en caer al suelo. Pero Pongo no se anda con contemplaciones ni benevolencias y le propina dos buenos mordiscos.
El rufián se retuerce de dolor.

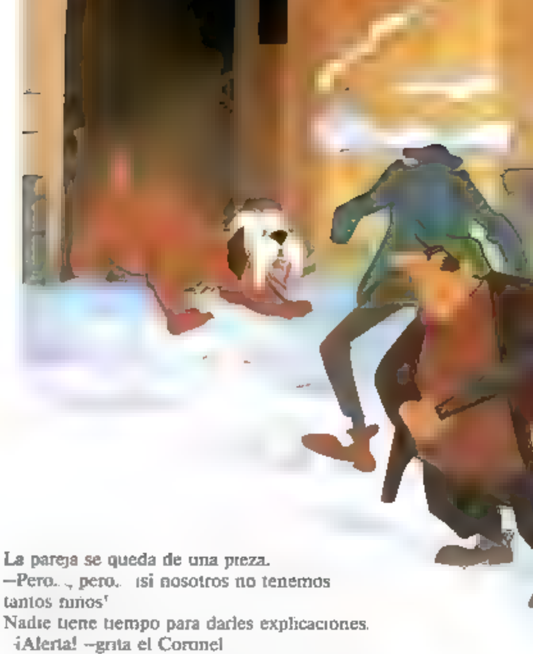
Horacio se defiende con más energía frente a Perdita, que intenta acorralarlo en un ángulo de la habitación.
—¡Déjame, bestia inmunda —lloriquea—, yo no te he hecho nada!
¿Que no le ha hecho nada? No sabe lo que dice. Le ha hecho lo peor del mundo: robarle los hijos.
Perdi ya no es la dulce perrita de antes, sino una madre furiosa en busca de venganza. Alguien ha llegado para ayudarla contra el rufián. Es Penny, ese pequeño diablo de perrita, que siempre está jugando. Pero ahora no tiene ganas de juego, sus ojos lanzan chispas de fuego, como los de su madre. Entre las dos, agarran la alfombra y tiran, tiran, tiran...

... y ¡pataplaf! Horacio va a dar con su gordo trasero en el suelo, justo sobre las ascuas ardientes de la chimenea. El infeliz va cambiando de color por momentos: primero, blanco; luego, rojo, por último, su cara se pone granate por el dolor... y sale corriendo entre alaridos y muecas.

Después de contemplar tan heroica acción, el sargento Tibbs decide poner orden en la pandilla. Va reagrupando a unos y a otros, calmando a los que están nerviosos y aleccionando a los rezagados.

—¡Vamos, deprisa! Todavía no estáis fuera de peligro. ¡Vamos a casa del Coronel!

Tibbs conduce el grupo hasta el granero de la granja, adonde ya han llegado Pongo y Perdita.



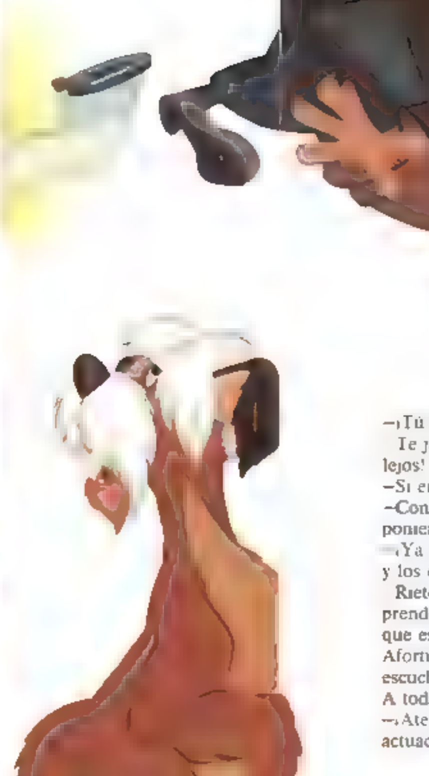
La pareja se queda de una pieza.

—Pero..., pero... ¡si nosotros no tenemos tantos niños!

Nadie tiene tiempo para darles explicaciones.

—¡Alerta! —grita el Coronel.

El astuto sabueso se ha percatado de que las patazas de los ladrones han dejado grandes huellas en la nieve. En cuestión de segundos todos los dálmatas desaparecen por la puerta trasera de las caballerizas.



—¡Tú has soñado, la cuadra está vacía! —grita Horacio.
—Te juro que los he visto entrar. ¡No deben de estar lejos!
—Si eres tan listo, encárgate tú de hacerlos aparecer.
—Conozco un sistema infalible —afirma Gaspar, poniendo cara de malo.
—¡Ya me imagino! Bastará con batir palmas un ratito y los chuchos aparecerán como por arte de magia.
—Ríete todo lo que quieras. Se trata tan sólo de prender fuego a la paja de las cuadras, donde seguro que están escondidos, y saldrán como un rayo.
Afortunadamente, Tibbs, oculto en un rincón, había escuchado la conversación de los pillos.
A toda prisa, le dice al Capitán:
—¡Atención, mi capitán, ha llegado el momento de su actuación!

Gaspar recibe tan tremenda coz en pleno trasero, que sale disparado por los aires como una bala. Tibbs, impasible, le ve atravesar la claraboya del tejado.

—¡Segundo torpedo! —exclama, como si fuera un jefe de artilleros.

El Capitán está encantado. La segunda andanada, más fuerte si cabe, lanza a Horacio por los aires.

—¡Buen trabajo! —dice Tibbs con entusiasmo.

Una vez han aterrizado, los bandidos se frotan sus magulladas costillas, pero, en seguida, lo que se frotan son los ojos: sobre la blanca nieve hay centenares de pequeñas huellas de perro.

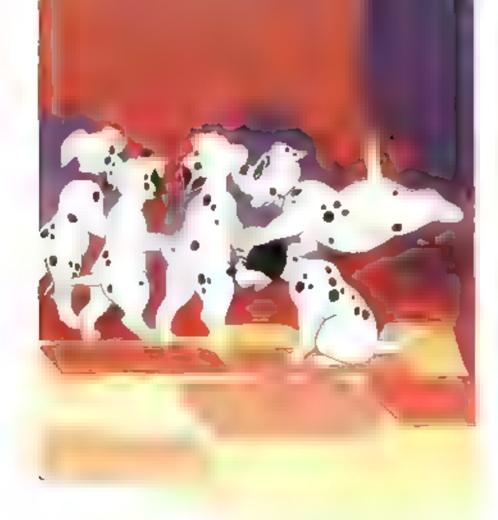
—¡Hay que seguir ese rastro! —dice Gaspar, mientras se incorpora como una aparición.

—Como quieras, —responde Horacio, con voz quejosa.

—Un esfuerzo más, niños, y llegaremos a casa. Pronto estaremos todos a salvo
Una luz brilla en la oscuridad de la noche
Acaban de llegar a una granja. Un perro pastor sale a recibirlos.
—Estais todos muy cansados —dice—, es mejor que descanséis esta noche y reemprendáis viaje mañana por la mañana.
Pongo desea alejarse lo mas posible del maldito castillo, pero reconoce que es más razonable pasar la noche a cubierto

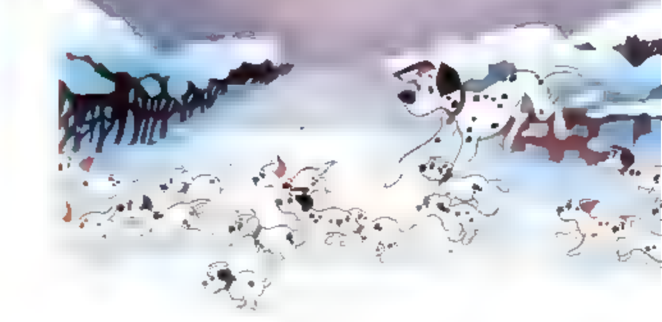
Los dos individuos, furiosos porque un pobre caballo de campo les ha vencido y porque unos diminutos chuchos les han tomado el pelo, corren hacia su camión, decididos a volver a capturar a todos y a vengarse, siguiendo las órdenes de Cruella hasta las últimas consecuencias. Pero Pongo y Perdi, al frente del grupo fugitivo, llevan muy buena marcha, a pesar de que la mayoría de los perritos están agotados. Es muy duro caminar por nieve virgen a buen ritmo

La decisión es muy bien acogida por todos. La granja es muy calentita y limpia, allí tendrán unas improvisadas camitas de paja donde descansar sus fatigados cuerpos. Además, los habitantes del establo son simpáticos y colaboradores. Sobre todo, las vacas, que muy gustosas se han prestado a dar de cenar a los niños...



Los perritos han comprendido rápidamente qué tipo de cena es la que las señoras vacas les ofrecen. Todos se precipitan como locos para saborear la rica y cremosa leche, que reciben como un regalo. ¡Ya se les había olvidado lo bien que sabe! ¡Ah, qué bueno es reponer fuerzas de una forma tan natural!

Cuando el pálido sol del invierno comienza a calentar tímidamente la helada campiña, Perdi y Pongo comprenden que han de abandonar la acogedora granja. Es preciso que todo el mundo se despierte para emprender la marcha cuanto antes. Los cachorros, que ya han olvidado los peligros padecidos la noche anterior, protestan entre bostezos. Un poquito de leche tibia para desayunar, unas caricias de Perdita y una explicación convincente de Pongo bastan para que la juvenil pandilla se ponga en movimiento. Un perro pastor les informa de que esa misma mañana un camión de carbón ha de partir para Londres. ¡No hay tiempo que perder!



Cerrando la marcha, el valiente y agudo Pongo se ha dado cuenta del rastro que tantas patitas han dejado sobre la blanda nieve. Con una rama de pino va borrando las huellas para que sus perseguidores no puedan seguir la pista. En menos de un hora, todos los perritos están a cubierto en la carbonera, esperando la llegada del camión...

pero ¿qué es ese espantoso chirrido que se oye en la lejanía? Los dálmatas, desde su refugio, ven llegar entre la niebla el fantasmagórico coche de Cruella de Ville. Pongo lo hubiera reconocido entre cien mil. Como un basilisco, Cruella sale del coche. ¡Esos ineptos de Horacio y Gaspar no han podido encontrar todavía a los fugitivos! Tendrá que encargarse ella personalmente de la búsqueda. Cada vez que se acuerda de que sus abrigos de piel de perro han salido por pies, Cruella se pone como una fiera. Además, está sedienta de venganza.

Del fondo de la carbonería sale un perro Labrador
—El camión que va a Londres está a punto de partir No podéis perder esta oportunidad
—Ya lo sé —responde Pongo—, pero esos granujas están ahí fuera y, para colmo, se les ha unido el bicho de su jefa
—¡Ya lo tengo! —anuncia el Labrador—. Si os tiznáis de negro con el polvillo del carbón, se creerán que sois de mi familia. ¡No os reconocerán!

—¡No pueden estar muy lejos —dice la malvada a sus cómplices—, he visto unas huellas sospechosas cerca del camino!
¡No cantes victoria, bruja, la fraternidad de los perros todavía está alerta!

—¡Mire, jefa! —advierte Horacio— ¿Serán ésos nuestros chuchos?
—¡Idiota! ¿No ves que esos son perros Labrador? ¿Acaso no recuerdas de qué color son los dálmatas? —le recrimina Gaspar.
—Sí, en eso tienes razón —interrumpe Cruella—, pero me parece tan raro que también éstos sean tantos..., y, además, es mucha casualidad que anden precisamente por aquí.

Todo sucede como habían previsto. Cruella y sus secuaces ven desfilar ante sus ojos una interminable fila de perritos, ¡tan negros como el carbón!

Tras el frío de la noche, el tímido sol de la mañana invernal ha conseguido ablandar la nieve que, hora tras hora, se ha ido acumulando sobre los tejados. Unas gruesas gotas del deshielo caen sobre los perros camuflados con disfraces de carbón dejando al descubierto, aunque de forma casi imperceptible, el auténtico color de su piel.

“Ya sabía yo que esos perros negros eran muy sospechosos —grazna la astuta Cruella—, pero esta vez no se volverán a reír de mí”.

Los perritos, animados por Pongo y Perdi, han ido entrando uno a uno en el camión salvador. Todos son conscientes de que el peligro es ahora mayor que nunca.

Segura de su victoria, Cruella no ha impedido que los perros vayan entrando en el vehículo. Será más fácil controlarlos dentro de esa tartana y, estando todos juntos, no se le escapará ni uno. La malvada mujer se frota las manos de satisfacción pensando en el gran *rally* que va a comenzar de un momento a otro, segura de que su potentísimo bólido deportivo le hará ganar tan apasionante carrera.

En el camión la tensión es tan grande que ni uno solo de los cachorros se ha atrevido a abrir la boca. Están todos calladitos como moscas y terriblemente asustados.

—¡Ánimo, pequeños! —susurra cariñosamente Perdita—. Dentro de poco estaremos todos en Londres, sanos y salvos. ¡Un último esfuerzo, os lo ruego!

Gracias a estas palabras de aliento, los últimos perritos van entrando en el camión, sin siquiera sospechar la terrible persecución que está a punto de comenzar.

Horacio, Gaspar y Cruella se relamen de gusto, saboreando anticipadamente las mieles de su triunfo, mientras pisan el acelerador para calentar motores.

De repente, como si un invisible director de carreras hubiera bajado de golpe el banderín de salida, el deportivo de Cruella se lanza en persecución del camión de la carbonería, intentando sacarlo de la cuneta. ¡Esa mujer es capaz de todo!

Los atónitos ojos del camionero ven cómo el deportivo, lanzando humo y fuego como un dragón, va girando y patinando hasta quedarse incrustado en un montón de nieve reblandecida. La conductora sale del coche como una auténtica fiera, gritando y maldiciendo a todos los antepasados del desconcertado chófer.

La lucha de los dos vehículos en paralelo continúa, pero, al llegar al puente, Cruella se precipita por una ladera y va a dar con sus huesos y con su coche en el fondo del valle.

¡Qué final, señores! Horacio y Gaspar salen despedidos como balas y, en su ascensión, ven que Cruella les acompaña, profiriendo los chillidos más agudos y las maldiciones más feroces.

Pero Cruella es testaruda y no ceja en su empeño de vengarse de los dálmatas. Las ruedas de su vehículo patinan una y otra vez en el resbaladizo suelo, pero, finalmente, consigue sacarlo de su blanca prisión. Cuando vuelve a alcanzar al lento camión del carbonero, sus asesinos instintos actúan de nuevo. Esta vez, intenta despeñar el furgón atestándole violentos golpes por detrás.
Pero, cegada por el odio, Cruella no ha visto cómo la tartana de sus estúpidos cómplices se acerca descontroladamente al cruce...

Gracias a Dios, todo ha terminado. El viejo camión de la carbonería reemprende su ruta, esta vez de forma más sosegada. Los perros, desde su interior, pueden ver cómo Cruella persigue a los inútiles de sus socios, caminando a duras penas por la blanda nieve, que dificulta su marcha.

Pero volvamos a Londres. En casa de los Radclif los ánimos están alicaídos. Roger, Anita y Nanny ya han perdido toda esperanza de volver a ver a sus queridos perros..., pero... ¿qué es este ciclón negro que se lanza sobre ellos? En pocos segundos, una familia numerosa de perros Labrador invaden la casa.

—Pero, pero... ¡si son nuestros cachorros y...! Pongo, Perdita, ¿de qué vais disfrazados?

La alegría es tan grande que Anita se olvida de obtener una respuesta a su pregunta. Lo que más importa es que sus queridos dálmatas han regresado sanos y salvos. Nanny, tan dispuesta como siempre, decide dar un buen baño a todas esas fierecillas, que le están poniendo la casa tan negra como el alma de Cruella.
Los perritos están encantados. Pese a que no son muy amigos de los baños, saben que después del agua la solícita Nanny les dará una magnífica cena y los llevará a sus calientes y cómodas camitas.

—Roger, querido —dice Anita, una vez la calma ha vuelto a la casa— me parece que aquí hay más cachorros que los nuestros. Antes teníamos quince y... ahora, contando a Pongo y a Perdi, hay... exactamente... ¡ciento un dálmatas!

—Ya me he dado cuenta —responde Roger—, pero no te preocupes, nos haremos cargo de todos. ¡Saldremos adelante!

Y, acto seguido, comienza a improvisar una canción...

—Oye, papi, ¿qué es ese sonido? —pregunta uno de los recién adoptados perritos.

—Se llama música, pequeño, pero para mí es el sonido de la felicidad...

Ediciones Gaviota, S. A.

ISBN: 84-392-8435-7
Depósito legal: LE. 1020-1988

Printed in Spain - Impreso en España
Editorial Evergráficas, S. A. - León

Obras clásicas Disney

ISBN 84-392-8435-7